

—Soy demasiado noble, te amo demasiado para arrastrarte al abismo. O renuncio á tu amor para siempre, que es lo mismo que buscar la muerte, ó accedes á mis ruegos.

—¿Pero de qué manera?

—Tengo un amigo, un hombre que me quiere de corazon, un ministro de Dios, el superior del convento de Mercenarios. El puede unirnos en secreto, y no hay miedo de que jamás revele que nos ha dado su bendicion.

—Sea en buen hora,—dijo Beatriz.—En ese caso desde mañana mismo será mi confesor.

—Yo le hablaré primero, le abriré mi corazon, sabrá nuestros propósitos, y despues... despues nuestra felicidad será inmensa.

Beatriz y Colon oian la vez del deber, tenían muy arraigados en su alma los sentimientos religiosos, y no podian ménos de pedir al ministro de Dios, ya que no la bendicion nupcial á los ojos del mundo, la bendicion á los ojos de Dios.

Al dia siguiente, muy temprano fué Colon á visitar á fray Pedro Antunez.

—Os veo agitado,—le dijo el guardian de los mercenarios;—¿qué teneis?

—Hoy no vengo á buscar al amigo, sino al confesor.

—¿Qué os pasa

—Tengo que revelaros un secreto, un secreto como confesor, como ministro del Altisimo.

—Hablad.

—Amo á una mujer que ha sido para mi en mis desventuras un instrumento de la Providencia. Antes de ahora os he indicado el nombre de mi protectora.

—¿Amais á doña Beatriz?

—Sí, pero no olvidéis que eso no debe saberlo más que ella y Dios: vos sois su ministro.

Mi amor es correspondido; pero motivos que respeto impiden que nuestra union pueda ser pública. Sin embargo, los dos sentimos en nuestra alma la fé; los dos acatamos las leyes del Supremo Hacedor; los dos queremos arrodillarnos ante el ara, pronunciar nuestro juramento, recibir la bendicion; pero sólo á los ojos de Dios y para vivir separados á los ojos del mundo.

—Todo lo comprendo,—dijo fray Pedro Antunez,—y estoy dispuesto á ejercer mi sagrado ministerio, uniéndoos para siempre á esa dama que tantas virtudes atesora, que tan digna es de la adoracion de un hombre como vos.

—¿Y de qué modo hemos de llevar á cabo nuestro propósito sin que nadie lo sepa.

—Esta mañana,—dijo fray Pedro Antunez,—he recibido un recado de doña Beatriz, mandándome llamar á su casa. Su confesor es muy anciano, pasa la mayor parte del tiempo en su celda, sufriendo con resignacion las dolencias que le llevan poco á poco al sepulcro; y si vos le habeis dicho que soy vuestro amigo y os estimo en lo que valeis, es muy posible



que al llamarme sea para confiarme la direccion espiritual de su alma. Si es así, como creo, esto no tardará en saberse en la córte, y mis visitas á su casa nada tendrán de extraño. Mi deber es procurar que las almas no se pierdan. Si me confiais como sacerdote los sentimientos que os unen, si me pedís la bendicion para santificar el lazo de vuestras almas, yo no puedo negárosla. En su palacio hay un oratorio. En estos casos no hay necesidad de testigos, reconciliaos con Dios; y con el alma limpia de pecado, yo os uniré para siempre en su nombre.

Aquel mismo dia fué fray Pedro Antunez á visitar á Beatriz, y esta le hizo la misma confesion que Colon.

Algunas noches despues tenia lugar una escena solemne en el oratorio de doña Beatriz.

La visita del prior de los mercenarios no habia extrañado á los servidores de doña Beatriz.

Rebeca, que estaba en el secreto, entretenia á los criados, contándoles ejemplos de la piedad de aquel santo varon, en tanto que fray Pedro, enlazando las manos de Cristóbal Colon y de Beatriz, recibia sus juramentos, santificaba su union y la bendecia en nombre del Altísimo.

Terminada la ceremonia:

—Dios os haga dichosos,—les dijo,—porque debéis serlo, aunque lamento las circunstancias que os obligan á ocultar á los ojos del mundo vuestra felicidad.

—¡Quién sabe si algun dia,—dijo Colon,—po-



CRISTÓBAL COLON —...santificaba su union y la bendecia...





CRISTÓBAL COLON — ante Beatriz su esposa y la bendición

dré decir con orgullo y con gloria quién ha sido mi esposa!

Fray Pedro Antunez abandonó á los dos esposos, y le acompañaron hasta el convento dos escuderos de doña Beatriz.

Sólo Rebeca pudo felicitar á su ama.

Al separarse de su lado, la emociion de su pecho se revelaba en las lágrimas que anegaban sus ojos.

Ella tambien habia soñado en ser feliz, y sin embargo habia tenido que sacrificar su felicidad.

Como necesitaban los dos esposos tener oculta á todo el mundo su union, continuó viviendo el extranjero en la posada de maese Repulgo, viendo con el mayor secreto á Beatriz, para lo cual fué necesario que Rebeca confiase á su padre lo que pasaba.

Tomadas todas las precauciones para que no fueran sorprendidas sus visitas, todos los dias se veian y pasaban dulces horas hablando de su amor y sus proyectos.

El amor de Beatriz á su esposo rayaba en adoracion.

Cuanto más profundizaba en su alma, mayores atractivos hallaba en él.

Algunas veces tomaba parte en sus conversaciones su confidente fray Pedro Antunez, y los tres esperaban en que cuando cesasen las causas que tenian á los Reyes Católicos preocupados, tal vez valiéndose de medios indirectos, conseguirian llamar la atencion hácia los planes de Colon y le facilitarían los medios de realizarlos.



Pero en honor de la verdad, por más que le preocupasen mucho sus ideas, vivía más Colon de sus sentimientos.

Beatriz era un ángel.

La vida á su lado era un eden, y las privaciones que pasaba, la modestia con que vivía, porque necesitaba ocultar á los ojos del mundo sus desventuras, y porque al mismo tiempo un sentimiento de dignidad le impedía aceptar las dádivas de Beatriz, eran para él gustosas, porque hacían que su felicidad fuera mayor.

Ebrio de amor, considerándose el más feliz de los mortales, ni se preocupaba del porvenir, ni siquiera recordaba el pasado.

Beatriz era toda su vida.

Cuando estaba en su presencia, cuando veía en sus miradas el amor que sentía, ¡oh! entonces no era el más dichoso de los hombres, sino la misma dicha.

Algun tiempo despues le reveló Beatriz un secreto que á un mismo tiempo le hizo sufrir y le hizo gozar en extremo.

—Dios ha bendecido nuestra union,—le dijo;—voy á ser madre.

Su dicha era inmensa; pero el temor de que por aquella circunstancia podría ser descubierto su amor, amenguaba su felicidad.

—Demos gracias á Dios,—dijo Colon, estrechando su mano,—y respetemos su voluntad.

Instintivamente se arrodillaron los dos y elevaron al cielo sus plegarias.

---

## Capítulo XXVI.

---

Sacrificio de Rebeca.

Habia llegado un momento en el que Beatriz tenía que alejarse de la corte para no verse obligada á revelar lo que con tanto empeño habia ocultado á todo el mundo.

En medio de la desesperacion y de la alegría que luchaban en su alma, habia pasado por su imaginacion una idea terrible; pero la habia rechazado.

La mujer se humillaba ante la madre.

La que por nada del mundo hubiera sucumbido á declarar su estado por amor á un hombre, estaba dispuesta á humillarse por el amor de su hijo.

La excitacion en que vivía abatió sus fuerzas y cayó enferma.